

## MI PECADO

Lc 6,20-49: El discurso inaugural de Jesús

Mc 10,23-27: El peligro de las "riquezas"

Lc 18,9-14: "Te doy gracias porque no soy como los demás hombres"

Ap 3,15-19: "Puesto que eres tibio, ni frío ni caliente, te vomito de mi boca"

1 Cor 15,8-9: "Soy como un aborto, como el último, indigno"

"Él nos aparta de una pasión incorregible, comienzo y origen del orgullo. Es necesario que cada uno se examine a sí mismo y dirija su conducta de acuerdo con la voluntad de Dios. Pero no actuamos así, sino que nos ocupamos de los asuntos de los demás. El que juzga a su hermano, tal y como dice el discípulo de Cristo, habla contra la ley y juzga la ley. Uno es el legislador y el juez. Es necesario que el juez del alma pecadora esté por encima de ella; pero, puesto que tu no lo estás, ¿por qué juzgas al que tienes cercano? Si te atreves a condenarlo, aunque no tengas autoridad para ello, serás tú mismo el condenado ya que la ley no permite juzgar a otros. El que tiene dominio sobre sí mismo no mira los pecados de los demás y no se ocupa en ver qué hay de malo en el amigo, sino que medita en sus propias malas acciones. Así actuó el bienaventurado salmista, que postrado ante Cristo, dijo de sus propios pecados: "Señor, si llevas cuentas de las culpas, ¿quién podrá quedar en pie?". De nuevo alega la debilidad de la naturaleza humana y pide un perdón que es razonable con las palabras: "Recuerda que somos barro" (SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA).

"La humildad salva al pecador. Aquel fariseo, insoportable y en extremo soberbio, no sólo vanagloriándose de sí mismo sino también desacreditando ante Dios al publicano, perdió a causa de su soberbia la gloria de la justicia. Y el publicano bajó justificado, porque glorificó al Dios santo y ni siquiera se atrevía a alzar la mirada, sino que sólo suplicaba que le fuera propicio, acusándose a sí mismo golpeándose en el pecho, sin buscar nada más que le perdonaran. Atiende y guárdate de seguir el ejemplo del grave castigo a causa de la soberbia. Por su gran soberbia lesionó la justicia, perdió la recompensa por su vanagloria; fue considerado menor que el humilde y pecador por haberse engrandecido comparándose con el otro, sin esperar el juicio de Dios, sino emitiendo el suyo propio. Por tu parte, tú no te exaltes nada

sobre nadie, aunque sea el mayor de los pecadores. Muchas veces la humildad salva al que cometió muchos y grandes pecados” (SAN BASILIO DE CESAREA).

“¿Qué ganancia hay en ayunar dos veces por semana si eso solo sirve como pretexto de tu ignorancia y vanidad, y te hace soberbio, altanero y egoísta? Entregas el diezmo de todo lo que tienes y presumes de ello. Incluso provocas la ira de Dios, al condenar y acusar a otro por ello. Estás hinchado de orgullo, y sin embargo no has sido coronado por la sentencia divina dictada con justicia. Al contrario, amontonas alabanzas para ti mismo. Y dices: “No soy como los demás hombres”. Modérate a ti mismo, ¡oh fariseo! Coloca una puerta con su candado en tu lengua. Nadie, tampoco, recibe la corona de sí mismo, sino que espera la decisión del árbitro... Abaja tu orgullo, porque la arrogancia es maldita y odiada por Dios. Es extraña para la mente que teme a Dios. (...) La debilidad de otros no es objeto adecuado para exaltar a aquellos que gozan de buena salud” (SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA).

“Llama tibio a quien ha recibido la participación del Espíritu Santo a través del bautismo, pero extingue el don por la indiferencia y por la preocupación por las cosas temporales. En efecto, quien tiene el fuego espiritual del Espíritu es perfecto en madurez, “pues tiene sus sentidos ejercitados para discernir lo bueno de lo malo”, y es “espiritual”; quien no ha recibido la gracia del Espíritu, tiene la esperanza de recibirla en algún momento y no se encuentra en el número de los rechazados; pero el tibio es un moribundo y ya no puede bautizarse de nuevo y arder” (ECUMÉNICO).

“Y pretende alabarte el hombre, una pequeña migaja de tu creación y precisamente el hombre, que, revestido de mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que resistes a los soberbios. Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña migaja de tu creación... ¿Quién me hará descansar en ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abraze contigo, único bien mío?... Dime por tu misericordia, Señor y Dios mío, que eres para mí. Di a mi alma: *Yo soy tu salud*. Dilo de forma que yo lo oiga. Los oídos de mi corazón están ante ti, Señor, ábrelos y di a mi alma: *Yo soy tu salud*... Permíteme que hable en presencia de tu misericordia, a mí que soy polvo y ceniza. Déjame hablar, porque mi interlocutora es tu misericordia” (SAN AGUSTÍN).